



Nascita

por Rocío Oviedo

La poesía es singularmente emoción, lo inexpresable de una belleza contemplada, la necesidad de expresarlo y comunicarte. Pero no creo que surja desde el principio ese deseo de comunicación, sino que surge del deseo de conocerse a sí mismo, de bucear en ese espacio recién descubierto, la burbuja del yo. Se quiere expresar un sentimiento o un pensamiento que te desborda y que no podrías controlar si no lo expresas en una página en blanco, o en una música interior que domina y que conviertes en una voz, o en una melodía.

Habría que añadir que existe una intensa relación interna entre la escritura y la conciencia de ser como individuo, esta palabra escrita surge cuando alguien se encuentra en un mundo que no entiende, ante unos sujetos a los que tampoco entiende y de los que sospecha tampoco le entenderán.

De repente, a los 10 o 12 años, hay que buscar el propio destino, la relación con el mundo ya no es de inmediata necesidad, no es la relación con el mundo necesario, sino la relación de contemplación, la admiración ante la belleza, la sorpresa ante lo que se observa con ojos nuevos, y te parece que han cambiado tu mirada. Y sientes, de repente, que la tierra, una flor, o un pájaro se han transformado, ya no son las flores que arrancabas para hacer ramilletes o ya no es la tierra sobre la que corrías para jugar, o ya no es el pájaro al que disparabas una piedra con una pequeña honda, con la ingenua satisfacción de la victoria. Se ha transformado en un objeto para disfrutar, analizar, pero sobre todo se ha convertido en un sujeto con el que conversar, y que encuentra un marco de correspondencias con la voz lírica. De repente te has dado



cuenta de que algo tan sencillo como obedecer no depende del mandato que has rechazado una vez y otra, de repente todo depende de tu voz interior.

Odio la poesía de laboratorio, amo la poesía que surge espontánea desde las lecturas interiorizadas, con expresión propia, ni mejor ni peor que otras. En ellas encuentras el eco, la comprensión que buscabas, resuena contigo una voz, es el consuelo, y es la admiración, "yo quiero ser ese reflejo". Es ahora el espejo en el que te miras, es el cuadro que contemplas, es el modelo que te acompaña.

Y tu pluma comienza a seguir su espiral, estrena recovecos, surge entre el agua como los peces de seda. A veces el salto de tu escritura azul es demasiado grande, y adolece de puerilidad, a veces salpica en exceso y se convierte en puro sentimiento, a veces se sumerge demasiado en el fondo de lógamos y desaparece entre la hojarasca de la palabra que solo comunica con su ser interior sin abrirse al otro. Seguramente el producto final sea fruto de rectificaciones, de buscar esa palabra en lo profundo de la redoma del laboratorio interior, pero será corregir lo justo. Buscar el espacio constitutivo de la palabra en el fondo de tu hiperclave interior.

Amo la poesía en el taller del astrónomo, el observatorio de Merlín, la escala de la sabiduría, con ecos de Ramon Llull, de Paravicino, de dragones olvidados en la memoria que acechaban tus miedos para convertirse, con el paso del tiempo, en tu Pegaso. El futuro se viste la túnica del pasado y se transforma en nostalgia, incluso antes de salir en el presente expresado por la voz.

Es la melancolía que los antiguos como Aristoteles definían como condición de la genialidad, y que, con el paso del tiempo y el contacto con la realidad se convertirá en el "humor negro", esa Melancolía de los cuadros de Durero o la melancolía de Ficino que veía en los poseedores de este carácter una capacidad creativa. Nunca se encontrará la verdadera expresión en un exceso de sentimiento, pero también precisa del sentimiento y más aún de la intuición que va más allá de la realidad contemplada. Jamás se podrán describir en su totalidad, en su armonía y misterio, la visión ni las visiones, estableceremos un anillo sobre el yo, como en los cuadros misteriosos de Remedios Varo.

En contacto con la Melancolía surge lo sublime, la visión de lo imposible. El falso Longino escribía "para el ímpetu de la contemplación y del pensamiento humano no es suficiente el universo entero, sino que con harta frecuencia nuestros pensamientos abandonan las fronteras del mundo que los rodea y, si uno pudiera mirar en derredor la vida y ver cuán gran participación tiene en todo lo extraordinario, lo grande y lo bello, sabría, enseguida, para qué hemos nacido".¹ Escapa al mundo, lo circunda y lo cuestiona.

¹ Sin embargo el concepto de lo sublime, auspiciado por el racionalismo y el empirismo inglés cae con facilidad en un concepto negativo cuya principal característica, según Burke, es el asombro, cercano a cierto grado de horror "el asombro es aquel estado del alma, en el que todos sus movimientos se suspenden con cierto grado de horror" (Longino, *Sobre lo sublime*, Madrid, Gredos, 1979, pp. 202-203).



La poesía, luego lo entendí, llegaba, así, a convertirse en una interrogación sobre lo que me asediaba en el deambular por las calles. Preguntarte cómo puede existir tanta belleza en las tardes, contemplar el mar, las arenas, los ojos de mi primo, silenciosos, recién nacido, sus manos pequeñas, el camino de las acacias, el olor a vino "un costa" en las tabernas de la playa, los aromas, la tierra del pinarillo... Y de repente, abrir la puerta, el latir del corazón en una mañana de verano, y, por tan solo tres días llorar la ausencia de tres años, mientras el silencio se disfrazaba de risa, mientras los atardeceres se colaban maravillosos por la ventana. Descubrir el amor y encontrar el eco de las correspondencias en la naturaleza, cuando el libro abierto no te dice nada, y pasan las tardes en la memoria de un poema en el que ves tu reflejo.

He dicho que la poesía es singularmente emoción, pero la poesía es singularmente experiencia. La emoción lírica surge de forma natural de la propia vida. No se puede escribir si no se experimenta lo escrito, aunque sea en tu mundo interior, con las correspondencias intensas entre pensamiento, sentimiento y palabra. Es el tributo a la verdad. Se podrá escribir, habrá escritores de salón, de taller de alta costura o de bajos fondos, escritores que sean excelentes copistas o glosadores, escritores del corta y pega, escritores de café literario, escritores falderos, escritores estrella, pero la verdadera poesía y es más la verdadera literatura surge de la verdad, ¿Qué verdad? Desde luego la que se cree el poeta, porque de la verdad, que cree, surge la verdad que él mismo crea y en esos ecos sinceros es donde avanza el estandarte de una voz auténtica.

El camino, en mi caso, ha sido largo, es cierto que tampoco el esfuerzo ha sido intenso. La poesía surge de forma natural y espontánea en mi caso. No necesité publicar, pero crecemos, cada vez somos conscientes del aislamiento, la falta de correspondencia, el dolor, la pérdida de las ilusiones, y torna en toda su grandeza la realidad, para amarla, para saborearla y sacarla a dar un paseo y que se oxigene. Los autores maduros como Cervantes, abandonan los sueños en los "Baños de Argel" y circundan la laboriosidad hasta caer en la ironía, el contacto con la realidad, el abandono de la melancolía como hicieran los antiguos, entonces surge el héroe, aunque sea un héroe tan cercano, tan amado como don Quijote.

Pero el hombre es un ser social, no puede abandonarse constantemente en esa cinta de Moebius que solo mira en su propio espacio interior, es la necesidad de comunicar, la búsqueda del sabio lector, de aquel en el que has encontrado un eco.

La poesía se gesta desde el silencio, en el silencio y para el silencio. La creación lírica necesita el recogimiento. Roza lo sagrado, afirma Octavio Paz. La palabra nombra, dice a su vez Heidegger y fuera de ella nada existe y añade en su comentario sobre Hölderlin "lo que dura lo fundan los poetas". De repente eres consciente de la importancia de un don, es, tal vez en este momento, cuando buscas un lector, buscas la correspondencia, el eco y el espejo, consciente aún de que jamás se logrará la correspondencia total. Pero sabes que tus palabras se comunican.



Ahora, también el tiempo se apodera de mis días, ahora me importa más y más el eco, la huella que pueda dejar en mi camino. Los atardeceres asombrosos se cuelan por las ventanas, la casa está en silencio a una hora en que en otro tiempo se poblaba de ruido, las voces del pasado se han perdido y me miran desde una foto en la librería, y me pregunto quién se esconde tras la mirada en el aula, qué novedad me entregará el libro que reposa en mis manos, qué nuevo encuentro tendrá mi próximo viaje, qué nuevo amigo me espera al otro lado de la página.

POEMAS

El dinosaurio

Fiebre para escribir. Sacar anotaciones de la cola de un dinosaurio, que duerme un sueño enorme de dragón. Escribir, el sueño fallido, la noche ardiente que se fue en pos de un bohemio, un juguista bandolero que la dejó sola, abandonada a su suerte, llorosa y mocosa de días polvorientos. El sueño de los sueños, las pesadillas funambulescas, las horas dormidas que esperaban al ligero Fred para bailar una danza imposible en escenarios torcidos. Calles bifurcadas que daban a todas las puertas hasta llegar a la luna con su balcón sobre el mar. Y querer correr hacia el agua, rodearse del delfín, atrapar su aleta, y alcanzar al fin, Pegaso luminoso, la letra de la luna: escritura alada del cielo.

El festín

No se puede ir cansado a la mesa
porque entonces no comes ni disfrutas;
engulles
engulles
y dejas que las normas
atraviesen las glándulas
y se transformen en algo fétido.

No puedes ir
porque no das con la palabra
y nadie te sirve la sopa...



Hay que ir despierto,
espabilado, comiendo mundo,
masticando mierda
como si fuera un dulce.
Y hay que ir soberbio,
destemplado, riente,
suavón de servicial;
con el bigotito perfilado,
hitleriano.

Mascula las palabras.
Él sí, él se ha comido el pollo,
y presiona con un tenedor
la tarta de Santiago.
Ya no queda, para esperar,
más que el café,
como si fuera de dulce,
aunque fuera más amargo...
Bienvenido a la inseguridad,
a la persiana entrecerrada,
a la angustia que se expande
por la mesa,
ante el pollo por devorar:
No dejar que te quiten la tajada,
ojo avizor, que no te roben lo tuyo,
con el miedo al tiempo...
Tal vez me atragante
y la miga se me atraviese
lacerando el paladar y la palabra:
No engullir demasiado,
pequeño el plato
y saborear
detenerse,
contemplar al frente:
compañeros de silla y mesa
y dejar pasar las nueces del descontento,
que no te laceren,
tú a lo tuyo.



Mastica suavemente,
engulle las palabras,
tritura el pensamiento
y cierra el plato con un confite
que sepa al primer bombón del mundo.

Rocío Oviedo Pérez De Tudela es catedrática de literatura Hispanoamericana en la Universidad Complutense. Sus líneas de investigación se han centrado en el estudio de la imagen y la retórica en autores hispanoamericanos como El Inca Garcilaso, Bernal Díaz, Sor Juana, Fernández de Lizardi, Darío, Silva, Nervo, Herrera y Reissig, Vallejo, Octavio Paz, Cortázar, Vargas Llosa o Elena Poniatowska. Entre sus publicaciones últimas se encuentran la coordinación del volumen, *Elena Poniatowska, México escrito y vivido* (2008), o *Rubén Darío en su laberinto* (2013), así mismo ha coordinado varios proyectos I+D sobre Octavio Paz y Rubén Darío.

Entre sus libros de creación literaria se han publicado *Al encuentro, Del amor y del amigo, Nostalgias, Desde la sombra incontable de los días, Entre las voces de la calle*. Así mismo tiene otros dos libros de poesía en prensa *Por el agua y la arena, Nomhrecitos* y uno de relatos *Enigmas*.

roviedopt@yahoo.es